

Aquellos dos hombres de acero se despidieron dándose el apretón de manos mas sincero y cariñoso, expresión muda conque querían comunicarse ánimo y constancia para salir con bien de aquella terrible situación.

Al día siguiente que se supo en la población toda lo que pasaba y que ya no había esperanzas de recibir ningún auxilio, la mayor consternación se difundió entre los habitantes y las mujeres recorrieron las calles dando alaridos y pidiendo á cuantos encontraban algo de comer. Los soldados siempre en sus puestos, sin tener nada que les pudiera servir de alimento, estaban tachetados, entrapucados, casi cada cinco minutos andaban por todas partes tratando de encontrar como á la tropa como á los vecinos pero como nada podía darles de comer, que era lo que mas necesitaban, dijo en secreto á Galana que lo acompañara. Y también estar ya sin fuerzas, y lo peor de todo, muy enfermo de la cabeza y del estómago. Mañana en el día me haré algún temble y por la noche saldremos inmediatamente de aquí vivos. Si no quedamos muertos en la demanda. —No tenemos otro camino, contestó Galana haciendo un gesto de desesperación. Y así y nos fuimos en las fuerzas hasta mañana.

Volvió á entrar la ventisca, volvió á llover y volvió á caer y volvió á quejarse tan fuertemente como si alguna palabra oírlo, pues en realidad se sentía muy pesado del estómago á pesar de lo poco que había comido en los últimos días, sin duda porque entre eso poco había mucho asqueroso y verdaderamente insoportable, que el comía demostrando hacerlo con poca atención para ejemplo de los demás.

CAPÍTULO XXVII

LA NOCHE TRISTE DE MORELOS

El día 2 de Mayo amaneció triste y nebuloso. Cuando el cura Morelos se levantó de su lecho en el cual había pasado dos horas dormitando apenas, dominado su espíritu por los pensamientos mas sombríos, exclamó melancólicamente:

—Parece que hoy lloverá, pero ¡cuán fuera de tiempo y cuán á nuestro perjuicio! Decididamente Dios no ha querido tener piedad de nosotros. En fin ¡qué le vamos á hacer! Hoy abandonaremos esta población si es que no nos matan á todos en el camino. El caso es que hemos hecho cuanto humanamente podía hacerse en favor de nuestra causa, que á pesar de todos los contratiempos, la sigo considerando como buena, como patriótica y como santa.

Volvió á cerrar la ventana, volvió á tenderse en la cama y volvió á quejarse tan tímidamente como si á alguien pudiera oírlo, pues en realidad se sentía muy pesado del estómago á pesar de lo poco que había comido en los últimos días, sin duda porque entre eso poco había mucho asqueroso y verdaderamente incohibible, que él comía demostrando hacerlo con buen apetito para ejemplo de los demás.

Así acostado empezó á recibir los partes que le fueron llegando de los puntos fortificados, de cada uno de los cuales se habían remitido durante la noche algunos hombres enfermos á los hospitales.

—Pero es increíble, murmuró acercándose á su mesa para hacer un cómputo de todos aquellos partes, ¡en una sola noche treinta y dos muertos y doscientos setenta y ocho soldados casi moribundos! No es posible que podamos salir de aquí con una gente que se está acabando por consunción!

Empezó á vestirse para salir, y cuando ya tenía el sombrero puesto murmuró entre dientes:

—Pero á dónde puedo ir ahora? ¿qué consuelo ó que esperanzas son los que podré dar á todos esos vecinos de ambos sexos que pululan por las calles hambrientos pidiendo cualquiera cosa que pueda mitigar su necesidad? Al ménos estuviéremos algo vigorosos como hace ocho días para poder echarnos sobre el campo enemigo y apoderarnos allí de lo que nos hace falta para proporcionarles algo á estos desgraciados! Pero ahora ¿quién será aquel que me siga

en nuevas y peligrosas aventuras? ¿Cuáles hombres, de entre los mas fuertes, habrá que puedan resistir una hora de combate? No, no saldré de aquí sino para dejar esta poblacion completamente, de la cual llevo recuerdos que nunca, mientras viva, sea poco ó mucho, se apartarán de mi memoria.

Y en verdad que á aquellas horas la villa de Cuautla de Amilpas no podía presentar un aspecto mas triste ni mas desolador. Desde días antes se había dado la órden de que no se corriera de noche la palabra, ni se contestaran los fuegos que hiciera el enemigo, ni se tocaran por el día los tambores, ni se hicieran fogatas, ni se moviera nadie de sus puestos, así es que mas que un campamento militar parecia aquello un solitario panteon en que no se veian mas que sombras y sepulcros.

Hasta los muchachos, siempre bulliciosos y alegres, erraban por las calles cabizbajos, esperando que de alguna parte se les llamara para darles algun alimento.

Los mismos vecinos acomodados que habían tenido cuidado de proveerse de todo lo que les iba á ser indispensable en un sitio de un mes cuando menos, habían agotado sus provisiones, porque la situacion se había prolongado inesperadamente por tres largos meses. Verdad es que Calleja se había retirado por unos días esperando los refuerzos que pidiera á México para establecer un asedio en toda forma; pero esa retirada de media legua no le había dado á nadie respiro ninguno, porque habían continuado las esca-

ramuzas y las zozobras, y de fuera no habían podido introducir nada que viniera á significar un aumento de provisiones. Se había llegado á un punto en que se consideraba demasiado feliz el que podía adquirir un pedazo de carne de caballo por cinco pesos, un puñado de maiz por dos pesos y dos ó tres cigarros por un peso, pues que ni con las sumas de dinero mas considerables se podía comprar lo mas insignificante.

Había otro motivo mas de inquietud y de susto, desde hacia ocho noches se habían estado practicando reconocimientos en la línea enemiga, tanteando el punto por donde pudiera verificarse la evacuacion de la plaza con menos peligro de sus defensores, y en todos estos reconocimientos se había advertido que los españoles mantenían la mayor vigilancia, habiendo colocado baterías encubiertas por todos los caminos mas practicables por donde podían esperar que los insurgentes quisieran salirse. La cañada de Santa Inés, el Calvario, Amelcingo, todo había sido inspeccionado por Galeana en persona, y en todos esos puntos había encontrado artillería emboscada y fuertes destacamentos preparados para impedir toda salida. Por otra parte, Calleja estaba muy bien impuesto de que esto era lo que se estaba preparando en la plaza, tanto por las revelaciones de los desertores que se le estaban pasando en busca de sustento, como por haber visto ensayar en las trincheras unas máquinas de guerra construídas por el presbítero D. Joaquin Diaz, que no eran sino unas grandes cajas

con ruedas, cubiertas con sacos y guarnecidas de pieles de toro, las que parecían haber dado los resultados apetecibles porque eran fáciles para manejarse y presentaban una resistencia extraordinaria.

Calleja, pues, que estaba pendiente de todo esto, que había observado que ya no se corría la palabra y que comprendía bien que debía tentarse cualquier recurso desesperado que no fuera el de la rendicion, porque se las había con enemigos tenaces é irreducibles, dictó cuantas medidas creyó del caso para que no se escaparan por ninguna parte, redoblando el servicio y la vigilancia, y haciendo que toda la caballería estuviese con brida en mano, tanto de día como de noche, no dando sino medias horas de descanso á los ginetes y á los caballos. El mismo había inspeccionado los caminos y veredas, los pocos intersticios que dejaban los fuertes avanzados, los matorrales, las zanjas y los pequeños bosques de plátanos que en su mayor parte fueron destruídos, y había dicho á sus gefes Ortega y Oviedo que lo acompañaban:

—Ni uno solo se nos escapará. Juro por mi nombre que ahora sí estoy seguro de llevar las cabezas de Morelos, de los Galeanas y los Bravos, y las de la demas canalla, al virey Venegas, para enseñarle qué clase de ejército es este que tanto desprecia.

Los vecinos de Cuautla que sabían muy bien, porque lo estaban viendo, que había llegado la hora suprema en que Morelos y su gente tendrían que tentar el medio desesperado que pudieran para salir de

aquella situacion y que no habia otro mas que forzar el paso para buscar la salvacion en la huida, si esta era posible, sostenian entre sí la lucha mas tremenda, pues si bien el hambre les acosaba de una manera horrible, les infundia el mayor pánico saber que de un momento á otro tendrian que quedar á merced del vencedor, el cual no se conformaria con la matanza que hiciera en los insurgentes, sino que arrasaria la poblacion despues, como lo habia hecho en Zitácuaro, y mandaria pasar á cuchillo á los habitantes, segun las amenazas que desde antes habia estado propalando y las cuales tendria gusto en cumplir como que era un hombre que tenia bien merecida la fama de cruel, rencoroso y sanguinario. De todas maneras, no tenian mas que la muerte en perspectiva y ¡ay! demasiado cercana.

Todo esto reunido hará formar juicio al lector del aspecto desolador que podia presentar en aquel aciago dia la villa de Cuautla de Amilpas.

Por la tarde, Morelos se sintió no solo indispuerto sino verdaderamente enfermo, mandó llamar un médico y este le prescribió un vomitivo y un fuerte sudor, manifestándole que solo haciéndose esas medicinas en el acto podria hallarse en mejores condiciones de salud al dia siguiente.

—Entonces mañana y no ahora haremos nuestra intentona de salir de aquí, se dijo interiormente Morelos, como alegrándose de que hubiera un pretexto para retardar aquella empresa, que tenia noventa y

nueve probabilidades de frustrarse por una sola de regular éxito.

Y tomó al oscurecer el vomitivo y se encerró luego en su alcoba para tomar el sudorífico que el médico le habia prescrito; pero apenas comenzaba á sentir los efectos del remedio, que le tenian casi prostrado, cuando se presentaron Bravo y Galeana para que les confirmara las órdenes que ya tenian sobre la evacuacion de la plaza que debia verificarse indefectiblemente aquella misma noche.

Al ver la situacion que guardaba el ilustre caudillo, no pudieron menos que sentirse contristados; pero por otra parte veían que era urgentísimo salir cuanto antes de aquel embarazo y le manifestaron sin rodeos que se temían mucho que para el dia siguiente no se contara con un solo soldado, porque la muerte y la desercion estaban clareando de tal modo las filas independientes, que ya á aquellas horas difícil les seria reunir siquiera unos mil hombres que pudieran entrar en combate.

—¿Y qué han comido hoy? preguntó Morelos débilmente entre las náuseas que estaban atormentándole.

—Los últimos caballos flacos que hemos encontrado, entre los que algunos estaban ya engusanados.

—Cada cual nos hemos reservado un solo caballo para la salida; pero si nos quedamos mañana, ni esos caballos nos servirán para nada, ya que son nuestra remota y débil esperanza de salvacion, agregó por su parte Bravo.

—Está bien, dijo Morelos después de meditarlo un poco, alisten ustedes todo para que salgamos esta noche reunidos desde la plaza, procurando que se retiren los destacamentos de las trincheras con el mayor sigilo.

Siguió dictando todas las disposiciones que demandaba la situación desde la cama, y á las once de la noche, no obstante que seguía con la enfermedad muy recrudescida á causa de los medicamentos, se vistió y se ciñó sus armas.

Haciendo el mayor esfuerzo que un hombre puede hacer sobre sí mismo, salió á la plaza sonriente y placentero, como si nada sintiera, y como si aquel fuera el primer día en que iba á ponerse en campaña. Acarició su caballo que le llevó Francisco ensillado y le dijo á este al oído:

—Tú y Colás no se me separen, porque voy á necesitarlos mucho esta noche.

Luego acariciando por los ijares á su caballo, agregó:

—Y tú, Brillante, cuidado con dar un traspies. Ya sé que no has comido mucho; pero eres sobrio como tu amo y como él te pondrás contento en el peligro.

Después de todo esto, clavó los ojos en el cielo, vió aparecer la luna entre celajes y dijo desplegando su magnífico buen humor:

—Nuestro paseo triunfal va á ser alumbrado esta noche por aquella dulce amiga que había estado encapotada hasta ahora. Mírenla que buena es y cómo viene en nuestra ayuda.

Habían dado las doce cuando mandó comunicar la orden de desfile, marchando Galeana á la vanguardia, él en el centro, D. Leonardo Bravo á la retaguardia, cubriendo el capitán Anzáres la extrema retaguardia con un compañía de cien infantes de los mas aguerridos.

Este momento, que era el que mas temían que llegara los habitantes pacíficos de Cuautla, fué también el mas difícil para los gefes y oficiales que tenían á su cargo la organización de la marcha, ya porque los soldados se separaban de las filas para despedirse de sus deudos ó con el ánimo de ocultarse para que no encontraran en el inminente peligro que se iba á correr, ya porque era grande también el número de las gentes que no querían quedarse á merced del vencedor, temiendo la matanza y las depredaciones horribles que tenían seguridad de que iban allí á cometerse; así es que no sin grandes trabajos lograron introducir el orden y el silencio que se necesitaban para que no fuera sentido movimiento en el campo enemigo. A todos se les previno que no fumarán, que no tosieran, que no conversaran y que procuraran andar con el menor ruido posible, pues de la mayor distancia que se pudiera recorrer sin ser advertidos de los centinelas españoles, dependía en gran parte el éxito de aquella arriesgadísima retirada.

La salida de la población se verificó entre los embarazos consiguientes puestos por los mismos vecinos que se quedaban y lloraban congojosamente y por los soldados que siempre iban separándose con dis-

tintos pretextos; pero ya una vez fuera de fortificaciones, comprendiendo cada cual el peligro que se corria, procuraban ir con el mayor sigilo, siendo apagadas las pisadas en la arena de la barranca escogida con toda astucia y premeditacion por Morelos para hacer aquella atrevida maniobra. Iba guiando á Galeana en la vanguardia el vecino D. J. Maria Aguayo muy conocedor de toda la localidad. Sin accidente alguno recorrieron así la buena distancia que separaba por el camino que llevaban á las dos líneas, hasta llegar á un profundo foso con que la habian interceptado los españoles y entonces fué cuando para echar las grandes vigas que para este caso se traian á prevencion cargadas por los indios, comenzó á hacerse bastante ruido. El centinela mas próximo dió el ¿quién vive? Galeana se adelantó entonces en direccion de donde oyera el grito, disparándole su arma el centinela sin tocarle. Galeana entonces lo atravesó con su espada, pero ya fuera de tiempo porque la alarma estaba dada, rompiéndose un fuego cerrado sobre los fugitivos, de todas direcciones.

La gente de Morelos que poco antes iba taciturna y parecia desalentada, contestó con un grito unánime de ¡viva la América! y dirigida por sus animosos gefes se precipitó en masa sobre el fuerte llamado Guadalupita que fué socorrido instantáneamente por numerosos destacamentos realistas.

Envuelto el puñado de insurgentes frente de aquellas fortificaciones, de donde se les hacia tambien un fuego mortífero, sostuvieron á pié firme y á pecho

descubierto el combate por mas de una hora, con alternativas que por momentos les eran muy favorables; pero en este tiempo sobró espacio para que se les echaran encima todas las tropas bien organizadas de Calleja y ya de nada les pudo servir su valor y su heroicidad, agobiados por la enorme superioridad del enemigo.

Entonces el mismo Morelos que habia estado bañándose al lado de sus soldados, fué el primero en buscar á Galeana que parecia resuelto á perecer allí, y cogiéndole de un brazo le dijo:

—No es hora de combatir ya sino de retirarse. Salgamos de esta emboscada si no queremos quedar aquí todos. Si nos vamos en este momento sin ruido estoy seguro de que continuarán el combate unos con otros entre sí los españoles y nos dejarán ir en paz.

Galeana comprendió en el acto la idea de Morelos y se puso á la cabeza de su gente para continuar el camino adelante; pero los soldados no comprendieron bien la maniobra y en vez de seguir compactos empezaron á dispersarse buscando cada cual su salvacion como pudo. Así fué como los Bravo, D. Víctor y D. Leonardo, fueron á salir por el Calvario con solo trescientos hombres, pasando por en medio de dos baterias, quitando dos cañones y tres tiendas de campaña al enemigo, repartiéndose los soldados un buen botín de comestibles.

Morelos, mas desgraciado, tomó la direccion de Zacatepec, y decimos mas desgraciado, porque al bor-

dear una barranca cayó al fondo de ella con todo y caballo, cuyo peso hizo que se le sumieran dos costillas. Enfermo como había estado desde los días anteriores y golpeado como lo sacaron con grandes penas de aquella profundidad sus fieles criados Nicolás y Francisco, en medio de los fuegos del enemigo que le rodeaba por todas partes, tuvo sin embargo alientos para continuar su marcha, defendiéndose con sus propias armas de los que estaban ya muy inmediatos á él y que habiéndole oído nombrar se manifestaban empeñados en cogerle vivo para llevarlo prisionero á Calleja.

—Ahora el *Niño* nos ha de salvar de este aprieto, dijo á los amigos que le rodeaban y lo defendían con vigor y con toda calma, aquí en esta cuesta debemos reunirnos todos.

Al hablar así lo hizo con tal vigor que parecía que estaba gozando de la mas completa salud.

Y Francisco y Colás se apresuraron á detener al negro que iba estirando la mula en que iba cargado el *Niño*. Se recordará que así se llamaba el primer cañón que tuvo Morelos. Lo colocaron en lo mas empinado de la cuesta de Ocuituco y rompieron el fuego sobre el enemigo que venía á sus alcances. En esos momentos apareció tambien D. Víctor Bravo con una escolta de cien hombres. Pero como á su vez era perseguido por cuatrocientos ginetes que le había destacado Calleja, resultó que á poco se vieron rodeados por todas partes, teniendo que retirarse aban-

donando el *Niño*, que era la última pieza de artillería que les quedaba.

—¡Horrible noche! exclamó luego que vió que se habían llevado su cañón los enemigos, despues de haberlo defendido heroicamente, ahora sabe Dios cuántos de nuestros amigos tambien habrán perecido!

Y entró á la madrugada al pueblo de Ocuituco en donde se desayunó frugalmente, siendo la primera vez en que se sintió con falta de apetito, no obstante las escaseces pasadas. El cura del pueblo queria detenerlo á almorzar, pero Morelos le contestó:

—Mil gracias, señor cura, pero el enemigo no tarda en aparecer y necesitamos reunirnos todos los que hemos quedado en el pueblo de Izúcar, que es ahora la única plaza fuerte que tenemos. Adios! que voy ahora á comenzar de nuevo los trabajos.

—Triste noche hemos pasado, amigos míos, agregó dirigiéndose á sus camaradas; pero al fin y al cabo logramos salir de la ratonera. En marcha.